

Vindicación

de los
derechos
de la
mujer



Mary Wollstonecraft

Edición de
Marta Lois González



VINDICACIÓN DE LOS DERECHOS DE LA MUJER

Mary Wollstonecraft

Edición de Marta Lois

Director de la colección: Ramón Maiz

Colección Fundamentos n.º 225
Serie Clásicos del pensamiento político

© Ediciones Istmo, S. A., 2005
Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

Diseño de cubierta:
Sergio Ramírez

ISBN-10: 84-7090-464-7
ISBN-13: 978-84-7090-464-6
Depósito legal: M. 28.657-2005

Impresión:
Fernández Ciudad, S. L. (Madrid)

Impreso en España / *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el artículo 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan sin la preceptiva autorización o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

INTRODUCCIÓN

Después de considerar el transcurrir histórico y observar el mundo viviente con ansiosa solicitud, las emociones más melancólicas de triste indignación han afligido mi espíritu; he suspirado cuando me he visto obligada a confesar que la Naturaleza ha hecho una gran diferencia entre un hombre y otro, o que la civilización que hasta ahora ha habido en el mundo ha sido muy parcial. He revisado diversos libros sobre educación y he observado pacientemente el comportamiento de los padres y la administración de las escuelas; pero ¿cuál ha sido el resultado? La profunda convicción de que la educación descuidada de mis compañeras es la gran fuente de desgracia que deploro, así como de que a las mujeres, en particular, se las hace débiles y desgraciadas por una variedad de causas concurrentes, derivadas de una conclusión precipitada. El comportamiento y la forma de ser¹

¹ En el original, «manners». En inglés el término tiene dos acepciones distintas. En primer lugar, hace referencia a las normas socialmente correctas de comportamiento o etiqueta, y podría ser traducido como maneras o modales. En segundo lugar, el término también puede ser usado para referirse a las normas sociales, conductas, usos y costumbres de una sociedad, grupo o periodo. Creemos que Wollstonecraft usa el término en esta segunda acepción, pero el Diccionario de la Real Academia no recoge este significado para la palabra «maneras». De ahí que se haya optado por traducir la palabra inglesa «manners» por *forma de ser*, *conducta* o *comportamiento*, e incluso *usos* o *costumbres*, y no, en cambio, por «modales» o «maneras».

de las mujeres, de hecho, prueban con claridad que sus mentes no se encuentran en un estado saludable, pues, como ocurre con las flores plantadas en una tierra demasiado rica, la fortaleza y la utilidad se sacrifican a la belleza; y las ostentosas hojas se marchitan una vez que han complacido a una mirada quisquillosa, ignoradas sobre su tallo, mucho antes de la estación en que tendrían que haber llegado a su madurez. Atribuyo una de las causas de esta floración estéril a un sistema de educación falso, tomado de los libros que sobre el tema han escrito hombres que, al considerar a las mujeres más como tales que como criaturas humanas, se han afanado más en hacer de ellas damas seductoras que esposas afectuosas y madres racionales. El entendimiento del sexo ha sido embaucado hasta tal punto por este homenaje engañoso que las mujeres civilizadas del presente siglo, con unas pocas excepciones, sólo ansían inspirar amor, cuando debieran albergar una ambición más noble y exigir respeto por sus capacidades y virtudes.

Por lo tanto, en un tratado acerca de los derechos y conductas de la mujer, no se deben pasar por alto las obras que se han escrito expresamente para su perfeccionamiento, en particular, cuando se afirma en términos directos que las mentes femeninas se hallan debilitadas por un falso refinamiento; que los libros de instrucción escritos por hombres de talento han tenido la misma inclinación que las obras más frívolas; y que, en un verdadero estilo mahometano, se las trata como seres subordinados y no como parte de la especie humana², a la par que se admite que la razón perfectible es la noble distinción que eleva al hombre sobre la creación animal y pone en esa mano débil un cetro natural.

No obstante, por el hecho de que sea mujer no debería llevar a mis lectores a suponer que pretendo agitar con violencia el discutido tema respecto a la igualdad o inferioridad del sexo, si bien, como se presenta en mi camino y no puedo pasarlo por alto sin exponer a malinterpretación la principal inclinación de mi razonamiento, me detendré un momento para exponer mi opinión en pocas palabras. En el reino del mundo físico se puede observar que la mujer es, en

² Mary Wollstonecraft creía erróneamente que en la religión mahometana las mujeres no tenían alma y, por lo tanto, no se les permitía tener otra vida.

cuanto a fuerza, en general, inferior al hombre. Ésta es la ley de la naturaleza y no parece que vaya a ser suspendida o derogada en favor de la mujer. No puede, pues, negarse cierto grado de superioridad física, ¡y ésta constituye una prerrogativa noble! Pero, no contentos con esta preeminencia natural, los hombres se empeñan en hundirnos todavía más, simplemente para convertirnos en objetos atractivos para un rato; y las mujeres, obnubiladas por la adoración que bajo la influencia de sus sentidos les muestran los hombres, no tratan de obtener un interés duradero en sus corazones o de convertirse en las amigas de sus semejantes, que buscan entretenimiento en su compañía.

Soy consciente de una inferencia obvia: he oído exclamaciones contra las mujeres masculinas provenientes de todas partes, pero ¿dónde se encuentran? Si con esta denominación los hombres quieren arremeter contra su pasión por la caza, el tiro y el juego, me uniré de la forma más cordial al clamor; pero si es en contra de la imitación de las virtudes masculinas o, hablando con mayor propiedad, del logro de aquellos talentos y virtudes cuyo ejercicio ennoblece el carácter humano, y eleva a las mujeres en la escala de los seres animales, cuando comprensivamente se las califica de humanidad, creo que todos aquellos que las observan con una mirada filosófica tienen que desear conmigo que se vuelvan cada día más y más masculinas.

Esta discusión divide, de modo natural, el tema. En primer lugar, consideraré a las mujeres a grandes rasgos, en tanto que criaturas humanas que, en común con los hombres, se encuentran en la tierra para desarrollar sus facultades; y, posteriormente, subrayaré de forma más particular su peculiar destino.

Deseo igualmente evitar un error en el que han caído muchos escritores respetables, pues la instrucción que hasta ahora ha sido dirigida a las mujeres se ha aplicado más bien a las *damas*, exceptuando los pequeños e indirectos consejos que se han difundido a través de *Sandford and Merton*³; si bien, al dirigirme a mi sexo en un tono más firme, presto una especial atención a las de la clase

³ *Sandford and Merton*, de T. DAY (3 vols., Londres, 1789-1789), constituye un clásico de la literatura infantil del siglo XVIII.

media, porque parecen hallarse en el estado más natural⁴. Quizá las semillas del falso refinamiento, la inmoralidad y la vanidad han sido sembradas por la nobleza. Seres débiles y artificiales, situados por encima de los deseos y afectos comunes de su raza de modo prematuro y antinatural, socavan los cimientos mismos de la virtud, ¡y expanden la corrupción por toda la sociedad! Como clase de la humanidad, tienen el mayor derecho a la piedad; la educación de los ricos tiende a hacerlos vanidosos y desvalidos, y la mente en expansión no se fortalece mediante la práctica de aquellos deberes que dignifican el carácter humano. Sólo viven para divertirse, y, por la misma ley que en la naturaleza produce invariablemente ciertos efectos, pronto sólo obtienen diversiones estériles.

Pero, como me propongo adoptar una visión separada de los diferentes niveles de la sociedad y del carácter moral de las mujeres en cada uno de ellos, por el momento esta mención es suficiente. Y sólo he aludido a este tema porque me parece que la esencia misma de una introducción es proporcionar una explicación superficial de los contenidos de la obra que se presenta.

Espero que mi propio sexo me disculpe si trato a las mujeres como criaturas racionales en vez de halagar sus encantos *fascinantes* y considerarlas como si estuvieran en un estado de eterna infancia, incapaces de valerse por sí mismas. Deseo de veras mostrar en qué consiste la verdadera dignidad y la felicidad humana. Deseo persuadir a las mujeres para que intenten adquirir fortaleza, tanto de mente como de cuerpo, y convencerlas de que las frases suaves, la sensibilidad de corazón, la delicadeza de sentimientos y el gusto refinado son casi sinónimos de epítetos de la debilidad, y que aquellos seres que son sólo objetos de piedad, y de esa clase de amor que ha sido denominada como su hermana, pronto se convertirán en objetos de desprecio.

Desechando, pues, esas bellas frases femeninas que los hombres utilizan con condescendencia para dulcificar nuestra dependencia servil, y despreciando esa débil elegancia de mente, esa sensibilidad

⁴ El término «natural» hace alusión aquí al hecho de que las mujeres de clase media no estaban corrompidas por la propiedad, los títulos de nobleza y la riqueza; constituían, por tanto, la clase con mayores posibilidades de educación.

exquisita y dulce docilidad de conducta que se supone constituyen las características sexuales del recipiente más frágil, deseo mostrar que la elegancia es inferior a la virtud, que el primer objetivo de una loable ambición es adquirir un carácter como ser humano, sin tener en cuenta la distinción de sexo, y que las observaciones secundarias deberían ser conducidas a esta simple piedra de toque.

Éste es el esbozo en líneas generales de mi planteamiento, y, si expreso mi convicción con las enérgicas emociones que siento cada vez que pienso sobre el tema, algunos de mis lectores apreciarán los dictados de la experiencia y la reflexión. Animada por este importante objetivo, desdeñaré seleccionar mis frases o pulir mi estilo; me propongo ser útil, y la sinceridad me hará más natural, ya que deseo persuadir por la fuerza de mis argumentos en vez de deslumbrar por la elegancia de mi lenguaje: no perderé el tiempo componiendo frases elegantes o construyendo pomposas grandilocuencias sobre sentimientos artificiales que, al proceder de la cabeza, nunca alcanzan el corazón. ¡Me ocuparé de las cosas y no de las palabras! Deseosa de hacer a las de mi sexo miembros más respetables de la sociedad, trataré de evitar esa prosa florida que se ha deslizado de los ensayos a las novelas y de ellas a las cartas y conversaciones familiares.

Estos bellos superlativos, que se escapan de la lengua fluidamente, vician el gusto y crean una especie de delicadeza enfermiza que se aparta de la verdad simple y sin adornos; y un aluvión de falsas sensaciones y sentimientos inmoderados, que ahogan las emociones naturales del corazón, vuelven insípidos los placeres domésticos que deberían suavizar el ejercicio de aquellos severos deberes que educan al ser racional e inmortal para un terreno de actuación más noble.

La educación de las mujeres ha sido atendida últimamente más que en el pasado. Aun así, todavía se las considera un sexo frívolo y los escritores que tratan de mejorarlas mediante la sátira o la instrucción las ridiculizan o se apiadan de ellas. Se reconoce que emplean muchos de los primeros años de sus vidas en adquirir talentos básicos, mientras se sacrifica la fortaleza del cuerpo y el alma a las nociones libertinas de belleza, al deseo de establecerse mediante el matrimonio —única forma en que las mujeres pueden pro-

gresar en el mundo—. Y, como este deseo las convierte en meros animales, cuando se casan actúan como se espera que lo hagan los niños: se visten, pintan y ponen nombres a las criaturas de Dios⁵. ¡Ciertamente, estos frágiles seres sólo son aptos para un serrallo! ¿Puede esperarse que gobiernen juiciosamente una familia o que cuiden de los pobres infantes que traen al mundo?

Si puede, por tanto, deducirse con imparcialidad de la conducta presente del sexo, de la inclinación extendida hacia el placer, que ocupa el lugar de la ambición y de aquellas pasiones más nobles que abren y ensanchan el alma, que la instrucción que han recibido las mujeres hasta ahora sólo ha tendido, con la constitución de la sociedad civil, a convertirlas en objetos insignificantes del deseo —¡meras propagadoras de necedades!—; y si puede probarse que al pretender formarlas sin cultivar sus entendimientos son apartadas de la esfera de sus deberes y convertidas en ridículas e inútiles cuando finaliza el breve florecimiento de la bellezaⁱ, supongo que los hombres *racionales* me excusarán por intentar persuadirlas para que se conviertan en más masculinas y respetables.

En realidad, la palabra «masculina» es sólo un espantajo⁶: hay poca razón para temer que las mujeres adquirirán demasiada fuerza de mente o coraje, ya que su evidente inferioridad respecto a la fortaleza corporal debe hacerlas en cierto grado dependientes de los hombres en las diferentes relaciones de la vida; pero, ¿por qué debería incrementarse esta dependencia con prejuicios que asignan un sexo a la virtud y confunden las verdades simples con ensueños sensuales?

⁵ Mary Wollstonecraft toma prestada esta frase de Shakespeare para expresar un pensamiento análogo: «andáis a brincos, os contoneáis, ceceáis, ponéis apodos a las criaturas de Dios, y hacéis de vuestra ignorancia vuestra lascivia». W. SHAKESPEARE, *Hamlet*, III, i, 131 [ed. cast.: *Hamlet, Macbeth*, Planeta, 2003, p. 55].

ⁱ Un agudo escritor (del que no recuerdo su nombre) pregunta qué le queda por hacer a una mujer en el mundo cuando cumple los cuarenta.

⁶ La traducción del término «bugbear» resulta difícil; la palabra que mejor se ajusta al texto y su sentido original puede ser «espantajo», que, de acuerdo con el *Diccionario* de la Real Academia, significa «Cosa que por su representación o figura causa infundado temor».

De hecho, las mujeres se encuentran tan degradadas por nociones erróneas acerca de la excelencia femenina, que no pienso añadir una paradoja cuando afirmo que esta debilidad artificial produce una propensión a tiranizar y da lugar a la astucia, enemiga natural de la fortaleza, que las lleva a adoptar aquellos despreciables ademanes infantiles que socavan la estima aun cuando exciten el deseo. Si los hombres se vuelven más castos y modestos, y las mujeres no se hacen más reflexivas en la misma proporción, entonces quedará claro que poseen entendimientos más débiles. Apenas parece necesario decir que hablo del sexo en general. Muchas mujeres tienen más sentido que sus allegados masculinos; y, como nada predomina donde hay una lucha constante por el equilibrio, sin el cual se impone naturalmente una mayor gravedad, algunas mujeres dominan a sus maridos sin degradarse, porque el intelecto siempre dominará.

I. CONSIDERACIÓN SOBRE LOS DERECHOS Y DEBERES QUE CONCIERNEN AL GÉNERO HUMANO

En el estado presente de la sociedad, parece necesario volver a los principios fundamentales en busca de las verdades más simples y disputar cada palmo del terreno con algunos de los prejuicios predominantes. Para despejar mi camino, se me debe permitir enunciar algunas sencillas cuestiones, cuyas respuestas parecerán probablemente tan inequívocas como los axiomas sobre los que se construye el razonamiento; no obstante, cuando se enredan con diversos motivos de acción, se contradicen formalmente, bien por las palabras o por la conducta de los hombres.

¿En qué consiste la preeminencia del hombre sobre la creación animal? La respuesta es tan clara como que una mitad es menos que el todo: en la Razón.

¿Qué cualidades exaltan a un ser sobre otro? La virtud, respondemos con espontaneidad.

¿Con qué intenciones fueron implantadas las pasiones? Para que el hombre, al luchar contra ellas, pueda obtener un grado de conocimiento negado a los animales, susurra la Experiencia.

Por consiguiente, la perfección de nuestra naturaleza y la capacidad de felicidad deben valorarse por el grado de razón, virtud y conocimiento que distinguen al individuo y dirigen las leyes que obligan a la sociedad. Si se considera a la humanidad en su con-

junto, resulta igualmente innegable que el conocimiento y la virtud fluyen de forma natural del ejercicio de la razón.

Simplificados de este modo los derechos y deberes del hombre, resulta casi insolente tratar de ilustrar verdades que resultan tan incontrovertibles; no obstante, prejuicios muy profundamente enraizados han nublado tanto la razón, y cualidades tan espurias han asumido el nombre de razón, que es necesario perseguir el curso de la razón cuando, por varias circunstancias adventicias, ha sido confundida y envuelta en el error al comparar el axioma simple con las desviaciones casuales.

Los hombres, en general, parecen emplear su razón para justificar los prejuicios, los cuales han sido asimilados de un modo que les resulta difícil descubrir, en lugar de erradicarlos. La mente que forma sus propios principios con decisión debe ser fuerte, pues predomina una especie de cobardía intelectual que hace que muchos hombres se acobarden ante la tarea o sólo la realicen a medias. Sin embargo, las conclusiones imperfectas que se extraen de este modo son a menudo muy verosímiles, porque se basan en la experiencia parcial, en opiniones sensatas aunque estrechas.

Volviendo a los principios fundamentales, los vicios, con toda su deformidad innata, se ocultan a una investigación cuidadosa; pero algunos razonadores superficiales siempre exclaman que esos argumentos¹ prueban demasiado y que puede que sea conveniente esa misma medida corrompida hasta la médula. De este modo, la conveniencia difiere continuamente de los principios básicos, hasta que la verdad se pierde en una confusión de palabras, la virtud en las formas y el conocimiento se entrega a una insensatez, debido a los prejuicios engañosos que se apropian de su nombre.

En abstracto, resulta tan forzosamente obvio para todo ser pensante que la sociedad está formada del modo más sabio y que su constitución se basa en la naturaleza del hombre², que resulta insolente tratar de probarlo; no obstante, deben presentarse pruebas o la razón nunca será la que obligue al mantenimiento de un precepto; además, exponer un precepto como argumento para justifi-

¹ Se refiere a aquellos basados en la razón.

² La naturaleza del hombre es ser racional.

car que se prive de sus derechos naturales a los hombres (o a las mujeres) es uno de los absurdos sofismas que insultan a diario el sentido común.

La civilización de la mayor parte de los pueblos europeos es muy parcial; mejor dicho, se puede plantear la cuestión de si, a cambio de la inocencia, han adquirido algunas virtudes que resulten equivalentes al desconsuelo producido por los vicios que se han generado para ocultar la fea ignorancia y la libertad que se ha trocado por una esclavitud espléndida. El deseo de deslumbrar por las riquezas (la preeminencia más segura que un hombre puede obtener), el placer de mandar sobre aduladores serviles y muchos otros cálculos bajos y complicados, propios de un narcisismo complaciente, han contribuido a aplastar a la masa de la humanidad y a hacer de la libertad un apoyo conveniente para el falso patriotismo. Porque mientras que se otorga al rango y los títulos la mayor importancia, ante los cuales el Genio «debe esconder su cabeza disminuida»³, con muy pocas excepciones, resulta muy desafortunado para una nación que un hombre de facultades, sin rango o propiedades, se haga valer. ¡Ay, qué sufrimientos inauditos han padecido cientos para adquirir un capelo de cardenal a un aventurero oscuro e intrigante que codiciaba equipararse a los príncipes o tratarlos con despotismo empuñando la triple corona!

La miseria que ha emanado de la monarquía, las riquezas y los honores hereditarios ha sido tal, que los hombres de aguda sensibilidad casi han llegado a blasfemar para justificar el designio de la Providencia. El hombre se ha mantenido tan independiente del poder que lo creó como un planeta sin ley que se lanza desde su órbita para robar el fuego celestial de la razón, y la venganza del Cielo, oculta en la sutil llama, como la malicia encerrada en Pandora, castigó de modo suficiente su temeridad con la introducción del mal en el mundo.

Impresionado al contemplar la calamidad y el desorden que saturaban la sociedad, y cansado de chocar contra necios superficial-

³ J. MILTON, *Paradise Lost* IV, 34-35: «A cuya vista todas las estrellas / ocultan sus disminuidas cabezas» [ed. cast.: *El Paraíso Perdido*, Madrid, Espasa-Calpe, 1966, p. 63].

les, Rousseau acabó prendado de la soledad y, como a la vez era optimista, trabajó con una elocuencia poco común para probar que el hombre era por naturaleza un animal solitario⁴. Desencaminado por su respeto a la bondad divina, que ciertamente –¡porque qué hombre con sentido y sentimientos puede dudar!– dio la vida sólo para comunicar felicidad, consideró el mal como algo positivo, obra del hombre, sin tener en cuenta que exalta un atributo a expensas de otro, necesario por igual para la perfección divina.

Levantados sobre una hipótesis falsa, sus argumentos en favor del estado de naturaleza son verosímiles, pero erróneos. Digo erróneos porque afirmar que el estado de naturaleza es preferible a la civilización, en toda su perfección posible, es, en otras palabras, someter a juicio la sabiduría suprema; y la exclamación paradójica de que Dios ha creado todas las cosas bien y que el error ha sido introducido por la criatura que él formó⁵, sabiendo lo que hacía, es tan poco filosófica como impía.

Cuando aquel Ser sabio que nos creó y colocó aquí concibió esta hermosa idea, quiso, al permitir que fuera así, que las pasiones desarrollaran nuestra razón, porque pudo ver que el mal presente produciría el bien futuro. ¿Podía la desvalida criatura a la que trajo de la nada escaparse de su providencia y aprender audazmente a conocer el bien a través de la práctica del mal, sin su permiso? No.

¿Cómo pudo ese enérgico defensor de la inmortalidad argumentar de forma tan inconsistente? Si la humanidad hubiera permanecido siempre en el brutal estado de naturaleza, que ni siquiera su mágica pluma puede pintar como un estado en que arraigar una sola virtud, habría resultado evidente, aunque no para el caminante sensible y poco reflexivo, que el hombre nació para recorrer el ciclo de la vida y la muerte, y adornar el jardín de Dios con algún propósito que no podría reconciliarse fácilmente con sus atributos.

⁴ Se refiere especialmente a las tesis mantenidas en el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* [1755].

⁵ El *Emilio* de Rousseau comienza: «Todo está bien al salir de manos del autor de las cosas: todo degenera entre las manos del hombre» (J. J. ROUSSEAU, *Emilio, o De la Educación*, Madrid, Alianza, 1990, p. 33].

Pero si, para coronar el conjunto, se tenían que crear criaturas racionales a las que se autorizaba a aumentar su excelencia mediante el ejercicio de poderes implantados para ese cometido; si la misma benignidad tuvo a bien dar existencia a una criatura por encima de las bestiasⁱ, que podía pensar y mejorarse, ¿por qué debe llamarse a este don inestimable, porque es un don, en términos directos, una maldición? Pues el hombre fue creado de manera que tuviese capacidad para estar por encima del estado en que las sensaciones producen un bienestar animal. Se podría considerar una maldición si toda nuestra existencia estuviese limitada por nuestra continuación en este mundo, ya que ¿por qué la fuente divina de la vida⁶ debería darnos las pasiones y el poder de reflexionar sólo para amargar nuestros días e inspirarnos nociones equivocadas de dignidad? ¿Por qué debería conducirnos del amor a nosotros mismos a las sublimes emociones que el descubrimiento de su sabiduría y bondad provoca, si estos sentimientos no se pusieran en movimiento para mejorar nuestra naturaleza, de la que forman parteⁱⁱ, y hacernos capaces de disfrutar de una mayor porción divina de felicidad? Firmemente persuadida de que no existe mal en el mundo que Dios no haya decidido que tuviera lugar, fundamento mi creencia en su perfección.

Rousseau se esfuerza en probar que originalmente todo *era* correcto; una multitud de autores en que todo *es* ahora correcto, y yo en que todo *será* correcto.

ⁱ En contra de la opinión de los anatomistas, que argumentan por analogía a partir de la formación de los dientes, el estómago y los intestinos, Rousseau no admitirá que el hombre es un animal carnívoro. Y, alejado de la naturaleza por amor-al método, discute si el hombre es un animal gregario, aunque la larga e indefensa etapa de la infancia parece señalarlo como particularmente impelido a emparejarse, primer paso hacia la vida en manadas.

⁶ Proverbios 14, 27: «El miedo del Señor es la Fuente de la vida».

ⁱⁱ ¿Qué diríais a un mecánico a quien le habéis solicitado que haga un reloj para señalar la hora del día, si, para mostrar su ingeniosidad, incluyera ruedas para convertirlo en un reloj de repetición, y otras cosas que confundieran el mecanismo simple; y que, para disculparse, argumentara que, si no hubierais tocado cierto resorte, nunca habríais sabido nada del asunto, y que se había entretenido realizando un *experimento* sin haceros ningún daño?, ¿no contestaríais sin duda insistiendo en que, si no hubiera incluido esas ruedas y resortes innecesarios, el accidente no habría ocurrido?

Pero, de acuerdo con su primera posición, junto al estado de naturaleza, Rousseau celebra la barbarie e, increpando la sombra de Fabricio, olvida que, al conquistar el mundo, los romanos nunca soñaron con establecer su propia libertad sobre bases firmes o con extender el reino de la virtud⁷. Deseoso por apoyar su sistema, estigmatiza como vicioso todo esfuerzo del genio; y, para expresar la apoteosis de las virtudes salvajes, exalta las de los semidioses, que eran escasamente humanos: los brutales espartanos que, desafiando la justicia y gratitud, sacrificaban a sangre fría a los esclavos que se habían portado como héroes para rescatar a sus opresores.

Hastiado de los comportamientos y las virtudes artificiales, el ciudadano de Ginebra, en lugar de tamizar de forma adecuada el tema, se deshizo del trigo y de la cizaña, sin detenerse a indagar si los males que su alma ardiente rechazaba indignada eran el resultado de la civilización o los vestigios de la barbarie. Vio el vicio pisoteando a la virtud y a la apariencia de bondad ocupando el lugar de la realidad; vio el talento doblegado por el poder con fines siniestros, y nunca pensó en rastrear el gigantesco mal hasta el poder arbitrario, hasta las distinciones hereditarias, que chocan con la superioridad mental que sitúa por encima de modo natural a un hombre sobre sus semejantes. No percibió que el poder real, en pocas generaciones, introduce la idiotez en el linaje noble y ofrece el cebo que vuelve vagos y viciosos a miles.

Nada puede ubicar el carácter real en una posición más despreciable que los diversos crímenes que han elevado a los hombres a la dignidad suprema. Viles intrigas, crímenes contra natura y todo vicio que degrada nuestra naturaleza han sido los peldaños de esta distinguida eminencia; y, sin embargo, millones de hombres han consentido, sumisos, que las débiles extremidades de la posteridad

⁷ Rousseau, en su «Discurso sobre las ciencias y las artes» (1750), recupera la figura del político romano Cayo Fabricio (siglo III a.C.), que critica el debilitamiento de Roma y reclama a sus ciudadanos la vuelta a las batallas de conquista. Fabricio se convirtió en un símbolo de la virtud y la incorruptibilidad.

de esos rapaces merodeadores descansen tranquilamente en sus tronos ensangrentados^{8 iii}.

¿Qué sino un pestilente vapor puede cernirse sobre la sociedad cuando su principal mandatario solamente se ha instruido en la invención de crímenes o en la tonta rutina de ceremonias de niños? ¿Nunca serán los hombres inteligentes?, ¿nunca cesarán de esperar maíz de la cizaña y peras del olmo?⁹

Cuando se dan las circunstancias más favorables, resulta imposible para cualquier hombre adquirir el suficiente conocimiento y fortaleza de mente para cumplir los deberes de un rey, al que se ha confiado un poder incontrolado; ¡cómo deben violarse, entonces, cuando su mismo ascenso es una barrera insuperable para el logro de la sabiduría o virtud, cuando todos los sentimientos de un hombre se encuentran ahogados por la adulación y el placer deja fuera la reflexión! Sin duda es una locura hacer que el destino de miles dependa del capricho de semejante débil, cuya mera posición le coloca por debajo del más miserable de sus súbditos. Pero no se debe mermar un poder para exaltar otro, porque todo poder embriaga al hombre débil, y su abuso prueba que, cuanta mayor igualdad exista entre los hombres, mayor virtud y felicidad reinarán en la sociedad. No obstante, ésta o cualquier otra máxima similar deducida de la razón simple aumentan la indignación, pues la Iglesia o el Estado se encuentran en peligro si no se tiene fe absoluta en la sabiduría de los tiempos antiguos. Y aquellos que, movidos por la visión de la calamidad humana, se atreven a atacar su autoridad, son vilipendiados por despreciar a Dios y ser enemigos del hombre. Son calumnias amargas que han alcanzado a uno de los mejores hom-

⁸ El «infante» al que se refiere Mary Wollstonecraft es Felipe de Orleans, que con cinco años se convirtió en regente de Francia hasta que alcanzó la mayoría de edad en 1723. Su principal asesor fue Dubois (1656-1723), un abate muy hábil que llegaría a ser cardenal.

ⁱⁱⁱ ¿Podría haber un insulto más grande a los derechos del hombre que el curso de la justicia en Francia, donde se hizo a un infante el instrumento del detestable Dubois?

⁹ Lucas 6, 44: «Porque no se cosechan higos de los espinos, ni se vendimian uvas de los zarzales». Y Mateo 7, 16: «Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se cosechan uvas de los espinos o higos de los cardos?».

bres^{10 iv}, cuyas cenizas todavía predicán paz y cuya memoria pide una pausa respetuosa, cuando se tratan temas que reposan tan cerca de su corazón.

Tras atacar la majestad sagrada de los reyes, es poco probable que cause sorpresa añadir mi firme convicción de que es muy perjudicial para la moralidad toda profesión cuyo poder suponga una gran subordinación de rango.

Un ejército permanente, por ejemplo, es incompatible con la libertad, porque la subordinación y el rigor son los pilares mismos de la disciplina militar; y el despotismo es necesario para proporcionar vigor a los proyectos que uno dirigirá. Un espíritu inspirado por las nociones románticas del honor, una especie de moralidad basada en los usos de la época, sólo pueden sentirlo unos cuantos oficiales, mientras que el cuerpo general debe ser movido mediante órdenes, como las olas del mar; porque el fuerte viento de la autoridad empuja hacia adelante con furia temeraria a la multitud de subalternos, que poco conocen o les importa el porqué.

Además, nada puede ser tan perjudicial para la moral de los habitantes de las poblaciones rurales como la residencia temporal de un grupo de jóvenes indolentes y superficiales, cuya sola preocupación es la galantería y cuyos pulidos modales hacen más peligroso el vicio, al disimular su deformidad bajo alegres ropajes ornamentales. Una apariencia de moda, que no es más que una señal de esclavitud y prueba que el alma no tiene un fuerte carácter individual, impresiona a la sencilla gente del campo, que imita los vicios cuando no puede captar los encantos evasivos de la cortesía. Todo cuerpo es una cadena de déspotas que, al someter y tiranizar sin ejercitar su razón, se convierten en un peso muerto de vicio e insensatez para la comunidad. Un hombre de rango o fortuna, seguro de su ascenso por el interés, no tiene otra cosa que hacer sino perseguir algún excéntrico asunto, mientras que el *caballero* necesitado, que tiene que ascender, como bien afirma la frase, por su mérito, se convierte en un parásito servil o un vil halagador.

¹⁰ El doctor Richard Price (1723-1791) fue un amigo de Mary Wollstonecraft y conocido filósofo moral y político, defensor de la causa colonial americana.

^{iv} El doctor Price.

Los marinos, los caballeros navales, reciben la misma descripción, salvo porque sus vicios adquieren un aspecto diferente y más grosero. Son más indolentes, cuando no cumplen las ceremonias de su puesto, mientras que la insignificante agitación de los soldados puede denominarse indolencia activa. Más limitados a la compañía de los hombres, los primeros adquieren cierta afición al humor y las bromas maliciosas, mientras que los últimos, al mezclarse con frecuencia con mujeres bien educadas, adquieren una jerga sentimental. Pero la razón queda por igual fuera de cuestión, tanto si conduce a la carcajada como a la sonrisa amable.

¿Se me permitiría extender la comparación a una profesión donde se encuentra con mayor certeza la razón, puesto que el clero tiene oportunidades superiores de perfeccionamiento, aunque la sumisión restringe casi por igual sus facultades? La ciega sumisión a las normas de creencia impuestas en el seminario afecta desde el noviciado al sacerdote, que debe respetar servilmente la opinión de su rector o patrón si quiere prosperar en su profesión. Quizá no pueda darse un contraste más contundente que el existente entre el modo de andar servil y dependiente de un pobre sacerdote y el semblante distinguido de un obispo. Y el respeto y desprecio que inspiran hacen el cumplimiento de sus distintas funciones igualmente inútil.

Es de gran importancia observar que el carácter de todo hombre se encuentra formado, en cierto grado, por su ocupación. Un hombre con sentido puede que sólo presente una forma de semblante que desaparece conforme traza su individualidad, mientras que es raro que el hombre común y débil posea otro carácter que no sea el que pertenece al cuerpo; por lo menos, todas sus opiniones han sido tan maceradas en el cáliz de consagración por la autoridad, que no puede distinguirse el tenue alcohol que producen las uvas de su propio mosto.

Por lo tanto, la sociedad, como se hace evidente cada vez más, debe ser muy cuidadosa en no crear cuerpos de hombres que necesariamente se volverán viciosos o necios por la misma naturaleza de sus profesiones.

En la infancia de la sociedad, cuando los hombres se encontraban saliendo de la barbarie, los jefes y los sacerdotes, al tocar los resortes más poderosos de la conducta salvaje, la esperanza y el te-

mor, debían poseer un dominio ilimitado. La aristocracia, sin duda, es naturalmente la primera forma de gobierno. No obstante, al perder pronto el equilibrio los intereses en conflicto, de la confusión de las luchas ambiciosas aparecen la monarquía y la jerarquía, asegurándose sus cimientos mediante las posesiones feudales. Esto parece ser el origen del poder de la monarquía y el poder eclesiástico y los albores de la civilización. Pero esos materiales combustibles no pueden ser acumulados largo tiempo y, al encontrar una salida en las guerras exteriores y en las insurrecciones intestinas¹¹, el pueblo adquiere algún poder en el tumulto, que obliga a sus gobernantes a disfrazar su opresión con una muestra de derecho. Por tanto, como las guerras, la agricultura, el comercio y la literatura expanden el entendimiento, los déspotas se ven forzados a hacer que la corrupción encubierta mantenga firme el poder que anteriormente fue arrebatado por la fuerza abierta^v. Y esta pútrida gangrena latente se extiende más rápidamente mediante la lujuria y la superstición, los verdaderos despojos de la ambición. El títere indolente de una corte se vuelve al principio un monstruo lujurioso o un sensualista exigente y luego se contagia de lo que su estado antinatural despliega, el instrumento de la tiranía.

La pestilente púrpura¹² es la que hace que el progreso de la civilización resulte una maldición y deforma la comprensión, hasta el punto de que los hombres de sensibilidad dudan de si el desarrollo del intelecto produce una mayor porción de felicidad o miseria. Pero la naturaleza del veneno muestra su antídoto; y si Rousseau hubiese subido un peldaño más en su investigación o su mirada hubiera podido traspasar la atmósfera espesa que no se dignó casi a respirar; su mente activa se hubiera lanzado a contemplar la perfección del hombre en el establecimiento de la civilización verdadera, en lugar de emprender su feroz retorno a la noche de la ignorancia sensual.

¹¹ En el original aparece «intestine insurrections». Su sentido más preciso sería conflictos o luchas internas.

^v Los hombres con capacidades siembran semillas que crecen y poseen una gran influencia en la formación de la opinión; y una vez que la opinión pública predomina, a través del ejercicio de la razón, el derrocamiento del poder arbitrario no está muy lejano.

¹² El color púrpura es el signo de la realeza o del alto rango.